

LOS TINAJEROS

Nada puede enaltecer tanto a un pueblo como el recuerdo de sus artes tradicionales.

Al hacer el estudio de la alfarería manchega para incluirlo en la obra *Hombres, lugares y cosas de La Mancha*, me causaron verdadero asombro los hallazgos de los que apenas tenía vagos recuerdos de la infancia de ver circular por las calles de mi pueblo y de entrar en mi casa misma, las tinajas de Villarrobledo, no las panzudas de quinientas arrobas que se hicieron después, antes de las cilíndricas, sino las de cien, doscientas o trescientas arrobas y pico —siempre con picos—, que no eran poco, ni fáciles de manejar a brazo y a hombro pelado, a lo sumo protegido con sacos de harpillera y pieles.

Por su mucha vinculación con antiguos alarifes alcazareños, los Lucas, muy estimados por mí, me sonaban los Gimenas como tinajeros acreditados y los busqué, gracias a lo cual pude ver el único horno grande que quedaba derecho, aunque destinado a guardar muebles. Toda la tinajería estaba completa, con su descubierta y José trabajando en labores pequeñas. ¡Qué grandeza la del hombre hecho al trabajo, que nunca lo deja aunque le falten los alicientes de toda índole, pues el instinto le dice que es el mejor recurso para su vida y el único que le mantendrá servible todo lo que pueda dar de sí, ya que en cuanto se quede quieto empezará a desarmarse que es empezar a morir!

De todo ello se dieron explicaciones detalladas en el libro que se regaló a todo el vecindario, como podrá comprobar quien lo desee, pero lo sorprendente —sorprendente para quien no sea manchego y esté acostumbrado a nuestras maneras— es que pueda desaparecer una industria tan importante, tan colosal, tan antigua y arraigada y que no deje ni señales en el pueblo que la creó y la tuvo como fuente de vida desde la más remota antigüedad. No es sólo en Villarrobledo, lo es también en la Mota, en Consuegra, en Villafranca y demás pueblos alfareros de la comarca, pues en ninguno se ha sentido la necesidad de conservar un horno como recuerdo que debería ser el mejor monumento de estos pueblos nuestros, junto con el del alfarero mismo que tuvo un arte no desdeñable ni fácil de aprender ni poco trabajoso, que dio fama y medios de vida a cada una de estas poblaciones cuando se debatían en la pobreza y aun en la miseria, pero sorprende más en Villarrobledo que ha tenido el buen gusto de conservar en su callejero los nombres más propios y castizos, como el mismo de Tinajeros en una calle de corralones inmensos, que ha cuidado sus edificios monumentales y que no haya dedicado al tinajero y a las tinajerías el recuerdo debido, como testimonio de admiración y agradecimiento a los hombres que con su trabajo hicieron posible el florecimiento actual.

Rafael Mazuecos